

El Chucao

Por Mariano Latorre

—Charraurrr.....
—Charraurrr.....
—Charraurrr.....

Ríen los chucaos entre la maraña de los quilantares, a través de la red de los boquis, abrazados al tronco de robles y laureles. Una y otra vez, a la izquierda o a la derecha del que va atravesando el claro silencio que se espesa bajo la bóveda verdeante de la selva austral.

Es un rosario de notas primitivas, con algo de rumor de corrientes y blanda humedad de hojas recién brotadas. El que ignora la vida de la selva escudriñará en vano la verdinegra espesura, donde el sol se ha pulverizado en dorada neblina, buscando al pájaro invisible que semeja reir en la hosquedad de umbrías y quebradas.

—Charraurrr.....
—Charraurrr.....
—Charraurrr.....

Para el indio supersticioso o para el tardo colono que comparte con él la tierra robada al bosque, no es un misterio el súbito estallar de su risa, bajo la solemne quietud de los altos robles. Por la garganta del chucao, es la selva la que habla y en la selva enmarañada se agitan genios invisibles, fuerzas ignoradas que tejen entre sus dedos ultraterrenos el destino de los hombres.

¡Qué distinto es su canto si se escucha a la izquierda o a la derecha del indio o del colono que van a los pinares de las alturas o a las bodegas del pueblo, a vender el trigo de sus cosechas o el rosado poñi de los papales!

Si es a la izquierda de la selva que se deja oír, una inquietud miedosa estremecerá sus corazones e indios y colonos reandarán el camino, de vuelta a la ruca o al rancho.

de tablas, en espera de ocasión más propicia.

Si es a la derecha, junto al reir de los chucaos resonarán trozos de canciones o, ávidamente, el cigarrillo se alumbrará con un chispeo de incontenible alegría.

—Charraurrr.....

—Charraurrr.....

—Charraurrr.....

La selva gigantesca, traspasada de sol y de rumores, se ha hecho vuelo en la minúscula agilidad del chucao como es flor en el rojo capullo de los copihues.

Como una negra hoja desprendida de los lingues y que milagrosamente se hubiera animado, el chucao de las umbrías salta del extremo de una caña de quila al gajo de un tronco que derribó el hacha violenta del viento norte. Desde ahí, sus vivas pupilas montaraces han visto al gusano que se desanilla entre los poros de la tierra o al pesado insecto que itnenta trepar por la corteza de un pellín. Es entonces cuando su cuerpecillo se agranda con insólita personalidad, su pequeño buche, lleno de notas, se ensancha petulante. Sus notas redondas, restallantes, enhebradas por el eco, unen a través de leguas, torrenteras y umbrías en un largo rosario sonoro.

—Charraurrr.....

—Charraurrr.....

—Charraurrr.....

En las mañanas de oro, argentadas de rocío, cuando la luz virginal desata el rumor de los arroyos y en la urbe del alto colmenar las abejas rasguñan sus rabeles, el chucao agita las quilas elásticas y hace balancearse a los copihues y corales como pequeños incensarios, colgados a los árboles.

¡Qué clara es su risa sin el hombre, en la soledad sagrada del bosque! Ni superstición ni amenaza vibra ahora en su reir confiado. Ante la alegría de la luz, la selva se embriaga de sus propios rumores y el chucao es una nota más de la vasta sinfonía de las hojas. A lo lejos, le responde el huete huete, entre los pangues, con sordo y precipitado grito de aquiescencia o el silbo del huío-huío, dorado de sol, entre las altas ramas de un pellín centenario.

—Charraurrr.....

—Charraurrr.....

—Charraurrr.....

La llama devastadora de los roces ha ido devorando poco a poco el muro maravilloso de las selvas australes. Robles y laureles, lingues y raulíes há tiempo que se desplomaron ruidosamente, mordidos por el hacha. Há tiempo que la sierra silbadora se hundió en sus carnes olorosas y un río de tablas de oro, sobre el lomo de pequeñas carretas, cruzó los caminos rojos, abiertos por el hombre, en dirección a los ríos, los caminos de plata que forjó la naturaleza.

Los abruptos repechos, las quebradas inaccesibles, el áspero declive de las faldas cordilleranas aún se encrespan con la ágil plenitud de los pellines, el esbelto fuste de los raulíes y la serena blancura de los muermos amados de las abejas. Con ellos se ha retirado también el chucao, porque sólo al amparo de sus follajes (es selva hecha pájaro) puede vivir y soltar sin recelos su agreste puñado de alegría.

—Charraurrr.....

—Charraurrr.....

—Charraurrr.....

MARIANO LATORRE

LAS GUALAS

No son los cuervos de estúpida cabeza los que decoran los peñascos de la orilla con su negra silueta desgarbada; o vuelan durante el día entero de uno a otro extremo del lago en sus correrías de pesca. Ni el estrépito de alas de los patos silvestres en los pajonales, ni los milicos alineados como una escuadra de reclutas en los remansos; ni las gaviotas del mar que, en largo peregrinaje, suelen llegar hasta las aguas azules que engasta la orla negra de la selva virgen. No, ni cuervos, ni patos, ni milicos, ni gaviotas tienen la peculiaridad de las gualas esquivas que viven sobre el espejo dormido del Rupanco, donde las nubes tejen sus cambiantes arabescos de luz y sombra.

Como un lunar en la serenidad de un rostro, destacan su óvalo oscuro en el espejo del lago, desapareciendo en rápida zabullida si la sardina vivaracha interrumpe, con imperceptible burbujeo, el letargo transparente de las aguas.

Es fea y deforme como el labrado tronco de un indio y como su hermana la tagüita de los totorales; sólo tiene sobre el lomo dos muñones que semejan las aletas de un pez; pero es la nota de la tierra que persiste a la quema de la sel-